

Una mala palabra ⁽¹⁾

Señor director de la revista *Estudios*:

Con justificado asombro, acabo de leer en la revista que usted dirige, un artículo donde en airado tono se protesta de mi libro *Los gauchescos*, y de la doctrina estética que, en la Universidad de Buenos Aires, profeso sobre literatura argentina. El artículo en cuestión titúlase *Una afrenta y una falsedad*, frase que anticipa el tono ciertamente descortés de semejante requisitoria.

Todo se reduce a afirmar: 1º que yo proclamo un retorno a la barbarie indígena, al estudiar el folklore americano; 2º, que considero al gaucho como una raza, cuando fué solamente un tipo social; 3º, que he interpretado equivocadamente una palabra de cierto romance gauchesco.

Aun suponiendo que fuesen verdaderas esas tres aserciones, ninguna de las tres justificaría el cariz agresivo y personal de su comentario.

El comentador — de cuyo nombre no necesito acordarme, — ha dedicado cinco páginas a la primera imputación, diez a la segunda, y otras tantas a la última, con evidente abuso de tinta y acritud, hasta el extremo de decir que habla en nombre de la dignidad argentina por mí profanada, y representada naturalmente por él.

(1) El presente artículo ha sido publicado en el número de Mayo, último de la revista «Estudios» redactada por la Academia Literaria del Plata, y como se trata de la réplica de nuestro profesor el Sr. Ricardo Rojas a un violento ataque que le fué dirigido en dicha revista con motivo de la publicación del primer tomo de su *Historia de la Literatura Argentina*, creemos conveniente reproducirlo, pues nadie mejor que los alumnos del Sr. Rojas pueden darse cuenta de lo infundado de las críticas que él refuta.

He confrontado los temas del artículo con la intensidad del enojo que su autor revela, y los hallo tan desproporcionados entre sí, que no veo cómo el desinteresado amor de las letras, allí tan invocado, pueda producir, en un hombre normal, esos razonamientos delirantes y esos gritos desapacibles. El primer deber de un hombre culto es tener el sentido de la oportunidad y de las proporciones, sin contar con que también existe una urbanidad literaria.

Yo observaré sin esfuerzo esta sabia norma en mi réplica. Me interesa siempre el esclarecimiento de la verdad; y un ánimo sereno es ya promesa de alcanzarla. Aunque por haber escrito un libro sobre la cultura de mi país, se me llame «ignorante», «salvaje» y «hereje», no intentaré defenderme. Los hechos elocuentes me defenderán. Y en cuanto al iracundo que profiere esas voces desapacibles, cristianamente lo perdono.

Diré, ante todo, sobre la primera cuestión, que yo no proclamo ni defiendo la barbarie indígena; antes por lo contrario, preconizo en mi obra y en mi enseñanza, el deber de elevarnos hacia formas universales de belleza. Necesitaría citar, como prueba de este desmentido, todo el texto de *los gauchescos*; pero como tal cosa es imposible, básteme referirme al capítulo de las conclusiones (pág. 569), y al testimonio de cuantos me han leído con aptitud de comprender, y al juicio de otros comentaristas menos suspicaces, que han señalado en esta obra una tendencia contraria a la que el colaborador de *Estudios* arbitrariamente me atribuye. Véase, por ejemplo, los artículos publicados en el *Cuaderno* 3 del Colegio Novecentista, en el *Boletín* de la Federación Universitaria, en la revista *Ideas*, del Ateneo de estudiantes, y en los *Archivos* de la facultad de Ciencias de la Educación (Universidad de La Plata). No en vano la dedicatoria de *Los Gauchescos* está escrita en latín, como indicando desde la primera página, mi propósito de no olvidar las fuentes clásicas de la civilización.

Con respecto a la segunda cuestión, puedo también desembarazarme de ella sin dilación alguna, con sólo citar el pasaje bien explícito de la pág. 381, donde digo «*que el gaucho no es el tipo específico de una raza aborígen, sino un ario adaptado a la rudeza y libertad del desierto pampeano*»; y el trozo de la página 543, donde muestro los diversos signifi-

cados que la palabra *gaucho* tuvo en los varios períodos de nuestra historia, entre ellos el de «criollo», «jinete», «diestro», «valiente», «buen amigo». La tesis de mi comentador consiste en eso mismo; pero él lo presenta en son de réplica a otra, imaginaria, que también arbitrariamente me atribuye...

Todo ello me hace suponer que el crítico no ha leído mi libro o que lo ha leído fragmentariamente; o que si lo ha leído todo, no lo ha comprendido; pues no quiero sugerir la sospecha de que haya torcido a sabiendas la verdad. Esto último me parece tan inocuo y pueril (puesto que la verdad se descubre sola), que prefiero creerle sinceramente equivocado e ingenuamente enfurecido, por causas que luego analizaré.

Después de eliminados ambos «errores» de fondo, no queda en pie sino la tercera cuestión, único punto objetivo y concreto del vociferante alegato.

Refiérese el comentario a la palabra *hideputa*, que así conviértese por sí sola en un picante epigrama, no por voluntad mía, sino por fatalidad de mi crítico, que al preferirla para su comentario, nos da el epónimo de la cuestión.

Sorprende que en un libro de 600 páginas no haya encontrado el crítico sino ese «error». O el libro toca los límites de la perfección, o el lector carece de ciencia y de ingenio, pues le hubiera sido fácil descubrir otras fallas en mi obra, cuyas imperfecciones confieso humildemente en el prólogo. Pero ese crítico, enceguecido de soberbia, o de otra pasión, ha atropellado, no al picador, sino al trapo rojo de su engaño.

No valdría la pena de detenerme en tal minucia, escabrosa por tratarse de una mala palabra; pero voy a detenerme, porque ella nos explicará, como una clave, las otras «malas palabras» del artículo. Pues no en vano dice el proverbio, que Dios ciega a quien desea perder.

Trátase de un romance donde el poeta hace hablar a un guaso, que para elogiar a cierto personaje, dice por ahí: «HE DE PUJA, el caballero — y bien vaya toda su alma, — etc. Glorificándolo yo muy al pasar, había dicho en mi libro que en ese *he de puja*, «preséntese el *hideputa cervantesco*» (página 335); pues debo recordar que se trata de un romance anterior a la independencia, o sea, a la definitiva caracterización del tipo gauchesco. La cosa no puede ser más insignificante en la

totalidad de la obra; pero mi desesperado fiscal hace de ello el argumento aquiles de su proceso. Entonces, clavémosle el último dardo en ese talón.

Debo primeramente advertir que el Romance del caso ha llegado a nosotros en un manuscrito de la Colección Segurola (Biblioteca Nacional), y que por ser una malísima copia de segunda o tercera mano, es muy probable que dijera *hi de puja*, donde se cree leer *he de puja*, frase que no tiene sentido en castellano. Pero yo no quise hacer hincapié en esta duda. Tomé por buena la lección *he de puja*, y mi glosa redujose a la simple sugestión ya recordada; lo cual no importa asegurar que allí deba leerse el «hi de puta cervantesco». Todo esto puede comprobarlo el lector en el capítulo XIV de mi obra.

Mi tremebundo crítico al saber que *he de puja* no figura en los diccionarios ni en los autores antiguos, y entonces, buscando un efugio a su atolladero, lo substituye por *es de puja*, con el socorrido pretexto de que este romance imita la prosodia de un gaucho portugués (?), y que por eso, en otro pasaje, dice *germanas* por *hermanas*, guturalizando la *h* en lugar de aspirarla (!). Pero eso es también un doble error, de lógica y de filología, según vamos a verlo.

De lógica, porque si el título dice que un guaso celebra los triunfos de Cevallos contra los portugueses de la Banda Oriental, mal puede ser un gaucho brasileño el que habla burlándose de los suyos, sino un gaucho argentino, como lo demuestra, además, el texto de toda la composición. (Véase *Los gauchescos*, pág. 330).

Y un error de filología, porque no se ve como el *he* aspirado pueda convertirse en un tiempo del verbo *ser* (*es*); cuando se sabe, entretanto, cómo la *h* aspirada pueda trocarse en castellano por la *j* y la *g*, sonidos guturales. Precisamente en el Diccionario de la Real Academia española figura el vocablo *germana* como anticuado muy castizo de *hermana*; y esta es la palabra que invoca mi comentador para sostener que se trata de prosodia lusitana, demostrando de paso que necesitaría estudiar, no ya el portugués, sino la lengua en que aspira a expresarse.

Con la misma soltura de pluma con que afirma que el guaso del romance es un portugués, y con que sustituye el *he de puja* por un *es de puja* caprichoso, el crítico protesta indignado de que en esa expresión pueda «presentirse» el «hideputa cervantesco». Y la razón que nos da es igualmente admirable: «no podía el gaucho cantor emplear una frase de injuria, puesto que en ese momento elogiaba las hazañas de su héroe contra el portugués». Esto es, más o menos, lo que dice el flamante filólogo. Vamos a ver, en capítulo aparte, si el náufrago puede, al menos salvarse sobre esa frágil tabla.

Para evitar sospechas en contra de mi sinceridad dialéctica, voy a argumentar con ejemplos de autores españoles y con glosas de autorizados hablistas peninsulares, que copiaré literalmente.

El padre Cejador, ex jesuíta, en su obra *La lengua de Cervantes* (t. 2. *Diccionario*), dice en la voz *hideputa*: «Por lo muy usado llegó a ser pura muletilla, que a menudo se empleaba sin agravio, antes llevando consigo la expresión de extrañeza que servía para ponderar». Cervantes, en efecto, llega a emplear esta simple interjección, haciéndolo hablar a Don Quijote en presencia de la princesa Micomicona (cap. XXX), sin ofender con ello los oídos de la altísima dama.

A propósito de ese pasaje cervantino, don Francisco Rodríguez Marín, director de la Biblioteca Nacional de Madrid, dice en la nota pertinente de su edición del *Quijote*: «No recuerdo que a ninguno de los anotadores del *Quijote* haya causado extrañeza el ver a Cervantes descomedirse a decir tan feo impropio como *hideputa* delante de la princesa Micomicona. Y era para causarla en quien no supiese que este vocablo era correctísimo, aun en boca de los más bien hablados, y tal cual vez se decía aun en el púlpito» (Edición de *La Lectura*, t. III, p. 121). — ¡Pero no se sobresalte mi crítico en trance de naufragar! ¡Hay todavía aguas más hondas y más amargas!...

La susodicha nota de Rodríguez Marín, coincide con la de Cejador; pero mejor la ratifica otro pasaje, cuando Cervantes, en el capítulo XXV de la primera parte, emplea ese mismo vocablo. «Esta exclamación — dice el señor Rodríguez Marín, — muy mal sonante hoy, se prodigaba mucho antaño, y a menudo, como en el caso presente, sin pizca de ánimo de ofender

por parte de quien la profería; *antes en señal de admiración y como el más acabado elogio*. (t. II., p. 307). Estamos ya en presencia del caso en que nuestro romance gauchesco, para elogiar a Cabezón, haya podido muy castizamente decir: «*Hideputa, el caballero, — y bien vaya toda su alma — que a los portugueses jaques — ha zurrado la badana*»; y sin incurrir en injuria o contrasentido, según mi crítico lo pretende, y «*antes en señal de admiración y como el más acabado elogio*», — según las concluyentes palabras del docto cervantista español.

Por eso dije expresamente en mi libro: «el hideputa cervantesco», porque en esos textos me apoyo, y no acostumbro hablar de lo que no sé, como lo hacen algunos hablistanes menos conscientes de la lengua en que escriben.

Y puesto que aun podría resollar el crítico náufrago, diciendo que eso está bien apropósito de Cervantes, pero no de otros autores; y aunque solo del «hideputa cervantesco» se trataba, — voy a dar el golpe de gracia con otra cita, entre muchas análogas que podría recordar. Feliciano de Silva, en la *Segunda Comedia de Celestina*, lo hace decir a Barañón, aludiendo a los versos que acaba de cantar el pajecillo Canarín: «*Hi de puta, el diablo, y qué sentidos que son*». (Nota de Rodríguez Marín, *loc. cit.*). Véase, pues, el completo paralelismo de esta frase con la otra de nuestro romance: «*Hi de puta, el caballero — y bien vaya toda su alma — que a los portugueses jaques*», etc.: — aquélla por lo bien que el diablo de Canarín ha cantado; ésta por lo bien que el caballero de Cabezón ha zurrado a los portugueses. El guaso que habla en el romance gauchesco del siglo VIII, evitó el *hideputa* en presencia de Cevallos, ante quien habla, y evitó el *hijuepucha*, que era también una interjección escabrosa, y ensayó, con el *hi de puja*, o *he de puja*, un feliz eufemismo. Esta es, por otra parte, la función de las interjecciones, cuya ubicuidad les permite expresar los más contrarios afectos, intercalándose en la frase, como una simple nota de emoción al margen del discurso.

En llegando a este punto, veo que ya no queda rastro del erizado y trivial artículo. Ahí dejo eso, como una araña aplastada en el suelo...

Para cosa tan nimia y victoria tan fácil, podría, ciertamente, haberme evitado el trabajo de escribir estas líneas. Pero, sacrificando el tiempo que dedico a mejores tareas, he querido escribirlo, no por el signatario — a quien no conozco ni de lejos, — sino en atención a la revista *Estudios*. Sé que ella se edita bajo la superintendencia de los padres del Salvador y que se la destina a los colegios católicos de la República. Deseo evitar que el candor juvenil de los estudiantes pueda ser sorprendido por tales detracciones, como ha sido sorprendida, a no dudarlo, la notoria ciencia de los directores del Colegio.

No. Mi libro es imperfecto, como toda obra humana; y yo mismo he de ir corrigiéndolo a medida que le descubra sus errores o que la crítica ilustrada me los señale. Pero no es exacto que esa apostilla de *Los gauchescos* señale un error, ni es verdad que mi enseñanza de literatura argentina tenga otro ideal que conducir las nuevas generaciones hacia las puras y universales formas de la belleza, en platónica armonía de verdad, de belleza y de bien. Dan testimonio de ello mis discípulos, y los numerosos oyentes de mis lecciones públicas, y críticos inteligentes que han comentado mi libro, y académicos insospechables, que han aprobado mi enseñanza. Los nombres del doctor Rafael Obligado, presidente de la Academia, del doctor Norberto Piñero, decano de la Facultad, y del doctor Lorenzo Anadón, consejero de la misma, cuéntanse entre ellos; y no serán recusados — creo — ni por la Academia Literaria del Plata, ni por los ilustrados padres del Salvador. Uno de ellos, celebraba hace poco mi libro, recordando la famosa sentencia horaciana: *Exegi monumentum aere perennius*.

He comentado las tradiciones indígenas por necesidad de mi tema, y no fuera de lugar en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, donde hay un museo de arqueología indígena, y donde también son estudiados el folklore y los huesos de los indios, en cátedras de filosofía y antropología precolombianas. No ha protestado de mi doctrina la Universidad, porque la ha entendido, y porque no tiene dogmas oficiales las universidades laicas, y porque sus cátedras son libres, y porque ningún académico avisado puede ignorar que el es-

tudio de nuestros orígenes precolombianos contribuye a explicar el ambiente histórico de nuestra incipiente cultura. Lejos de protestar, la Universidad de Buenos Aires, me ha dado muestras inequívocas de su aprobación, en formas que sería vanidoso recordar aquí.

No ocultaré mi simpatía por las razas indígenas, en cuanto su miseria despierta la piedad, y su historia la emoción de lo legendario. Así estudiaron sus lenguas, sus cantos y sus mitos, los primeros evangelizadores cristianos; aquellos jesuitas que se llamaron Montoya, Barzana, Falkner, Techo, Lozano, Valdivia. Por eso también justifico mi asombro, al ver a una revista vinculada a la Orden, protestar de que se continúe y valore la obra que los padres de la Compañía en otro tiempo realizaron.

En el segundo tomo de mi Historia, que se titula *Los Coloniales*, estudio las crónicas de la conquista y la obra intelectual de las órdenes religiosas, como podrá verlo el señor director por el índice que le envío. Y si católicos y académicos protestaran de que estudie a los indios y los gauchos, tendré que prepararme a las protestas de masones y criollos, porque estudio la obra intelectual de jesuitas y españoles, durante los siglos XVI, XVII y XVIII, período de nuestra formación colonial. . . .

Ni una ni otra cosa me inquietan. Hace tiempo que he logrado llevar mi pensamiento a aquella zona de serenidad espiritual, donde el odio recíproco de las sectas se concilia en el puro amor de la sabiduría, desde donde puede uno ver todas las cosas de la creación — aún las ínfimas y deformes — con una vasta piedad religiosa.

De esa actitud de amor, nace la necesidad de comprender las cosas antagónicas. Yo he procurado comprender a los indios y a los gauchos, y creo haberlos comprendido en su rudeza espontánea; más fácilmente que a ciertos «semicivilizados» que sólo saben odiar; y que apenas se les enseña a escribir, escriben «malas palabras», o creen que la pluma de acero es un puñalito para degollar «cristianos».

Alguna dificultad he tenido para comprender ese desproporcionado furor de mi crítico, y pues no hallaba su causa en las razones de la inteligencia, he procurado encontrarla en los móviles de la pasión, y creo haberla encontrado: el autor de ese artículo tiene un agravio contra el autor de *Los Gauchescos*, y ello explica su tono descortés, quitándole todo valor a su requisitoria.

El personaje de quien tratamos, que es ingeniero de profesión, «fabricó» hace tiempo una *Antología* en diez tomos, donde publicó por suyo casi todo el material de la Colección Gutiérrez, que se guarda en la Biblioteca del Congreso, y el de la Colección Seguro, que se guarda en la Biblioteca Nacional. El «antologista» era subsecretario del Ministerio de Hacienda — función ajena a las letras, — cuando obtuvo para su edición varios miles de pesos, en los pingües días del Centenario.

Ahora bien: yo he dicho en mi obra y en mi cátedra, que esa *Antología* del Centenario es costosa y mala. He criticado hasta su título, pues no se puede llamar *antología* (es decir, *ramillete*, en griego), a una colección de diez tomos; ni *antología* de *poetas argentinos*, a una compilación donde figuran autores de malos versos, como un cierto Medrano, que no era poeta, y un cierto Prego, que no era argentino. Esto será en todo caso un tren de carga o un tranvía, o un rascacielo de cemento armado, o una empresa editorial; pero nunca una «antología». Desde las *antologías* griegas de Cephalas y Planudio, hasta la más reciente de Menéndez y Pelayo, que es un tomito de bolsillo, siempre se significó en ese nombre la idea de selección y gracia de las *guirnaldas* o *florilegios*, como también se llamaron. La *Antología Hispano-Americana*, del propio Menéndez y Pelayo, consta de cuatro tomos; pero comprende quince naciones, lo cual importa conceder cien páginas a la poesía argentina.

Hay más aún: en esa colección de 1910 se repiten composiciones: así un himno de Lafinur, que aparece en la página 5 del tomo III y reaparece en la página 58, del mismo tomo, lo cual demuestra que ni siquiera han sido revisadas las prue-

bas. Y esto se confirma por las erratas y lagunas que hay en casi todos los poemas, especialmente en el *Triunfo Argentino*, de Vicente López, y el *Romance heroico*, de Rivarola. Yo los he cotejado con las ediciones príncipes, y tengo anotados en mi ejemplar hasta diez erratas por página, y versos amétricos por culpa del editor, y lagunas que son hasta series de cuatro versos saltados, como en la página 141 del tomo I. Pero es más grave que todo eso, el dar poemas con arbitraria atribución de autor, como luego veremos. En presencia de cosas semejantes, he aconsejado usar con precaución de esa *Antología*; y naturalmente, la víctima no tiene por qué guardarme gratitud.

Hay más aún: yo he dicho en mi libro, que ese romance del siglo XVIII (el de la mala palabra), publicado en la *Antología* como obra de Maziel, no es de Maziel. He ido a ver su fuente en la Biblioteca Nacional, un manuscrito de la Colección Segurola (número 3361, que cito en mi obra), y me he encontrado con una mala copia de segunda mano, sin nombre de autor, ni atribución alguna o pruebas de autenticidad. La atribución ha sido hecha a las calladas por el ex subsecretario del ministerio de Hacienda, que es oriundo de Santa Fe, de donde era Maziel; de modo que se advierte el motivo de esa debilidad: quiso dar a su conterráneo la paternidad del primer ensayo gauchesco. Pero como todo esto es ajeno a la verdadera ciencia, yo no podía dejar de denunciar «el hecho», y lo denuncié en la página 332 de *Los Gauchescos*, obedeciendo a deberes de probidad. El allí descubierto, es el mismo que salta en *Estudios*, ciego de rabia contra mi libro. Pero ya se ve: la dentellada no ha alcanzado a la presa.

Tal es la tómica historia de un hombre que salió a la calle, sin advertir el peligro, voceando: «¡Una afrenta y una falsedad!» — Diga ahora el lector para quién es la «afrenta»; para quién el rubor de la «falsedad».

Y aquí me detengo, porque no hay para qué seguir hablando de cosas ajenas a la literatura. Si alguna vez aludí a esa *Antología*, es porque se trataba de una mala edición a expensas del erario público; pero hubiera deseado evitar de nombrarla.

como evito el nombre del «autor», porque en cuestiones de ideas, busco siempre el giro menos mortificante para las personas. Deseo haber sabido conservar aquí esa línea, hasta por razones estéticas. Sólo me interesaba esclarecer la verdad de mi obra. La persona del detractor no me preocupa. Y ante ese caso de verdadero delirio literario que es el artículo replicado, sonrío simplemente, y paso...

Muy agradecido por la publicación de estas líneas, saluda atentamente al señor director de *Estudios*, S. S. S.

RICARDO ROJAS

Abril de 1918.
